

Cees Nooteboom
Noticias de Berlín

Crónicas de Alemania antes y después de la caída del Muro

El Ojo del Tiempo Siruela



Índice

- Cubierta
- Portadilla
- Noticias de Berlín
- Parte I
 - Prólogo
 - I
 - II
 - III
 - IV
 - V
 - VI
 - VII
 - VIII
 - Intermezzo I
 - Intermezzo II
 - IX
 - X
 - XI
 - XII
 - XIII
 - XIV
 - XV
- Parte II
 - Suite de Berlín
 - Aviones y águilas muertos por todas partes
 - Una aldea dentro del Muro
 - Rheinsberg, un intermedio
 - Regreso a Berlín
- Parte III
- Parte IV
 - Una visita a la canciller
- Epílogo
- Glosario
- Apéndice de la Parte I
- Notas a esta edición
- Notas
- Créditos

Noticias de Berlín

Para Willem Leonard Brugsma

PARTE I



Prólogo

Paso fronterizo

13 de enero de 1963. A ambos lados de la autopista los paisajes blancos prosiguen hacia otras partes de Alemania. Llevamos ya un día entero conduciendo por la autopista más irreal de Europa, una autopista a través de un país que no existe. Ni ciudades ni pueblos, solamente indicadores de gasolineras y áreas de servicio. Esto no es atravesar un país, es errar por la superficie de la tierra. Tan solo en Helmstedt el pasado y la política desembocan en sus símbolos: guardias, puestos de guardia, banderas, alambradas, letreros. Las pequeñas casas avanzan poco a poco hacia nosotros, y en el cielo arrecido ondean las banderas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. ¿Cómo hubiese explicado alguien este futuro a un alemán hace treinta años?

Aquí, el control es sencillo. Una vez más, para no dar pie a equívocos, se nos recuerda que abandonamos el Oeste y entramos en el Este. Los mismos uniformes alemanes pero distintos. Se nos hace bajar del coche, se nos indica que hemos de ir a un barracón. Un pensamiento pueril: de modo que esto es. Lo observamos todo con ojos ávidos, pero ¿qué hay que ver? Estoy en una pequeña cola junto a un mostrador bajo. Sentados detrás de una mesa hay un hombre y una mujer. El hombre, de uniforme, con botas, exhala nubecillas de vaho. Tiene frío. Y la verdad es que hace frío. La mujer, sentada más cerca de la estufa de cerámica, hojea mi pasaporte. Mira la foto, me mira a mí, vuelve a mirar la foto. Soy yo. ¿Cuánto dinero llevo encima? Lo apunta en un papelillo grisáceo, con una hoja de calco debajo. ¿Cámara fotográfica? ¿Radio? ¿Moneda extranjera? ¿Dinero suelto? Anotan todo y he de firmar. El pasaporte y el papelillo desaparecen a otra sección. La copia se queda en el cajón de un armario. Heme aquí archivado para la eternidad con mis 450 marcos, mis 18 florines y mis 20 francos belgas. A través de la ventana medio escarchada veo unos árboles cubiertos de nieve, una alambrada cubierta de nieve, una alta torre vigía construida con gruesos troncos. No hay nadie en ella. Me dan un formulario rosa a rellenar en otra habitación. Hay unas sillas metálicas, pero hace demasiado frío para sentarse. Luego se me devuelve el pasaporte y tengo que pagar una cantidad. Debajo de la pequeña mesa de ma-

dera veo las grandes botas negras de la mujer que rechinan contra el suelo. ¿Qué hay que ver en realidad? Nada, un control de una precisión un tanto irreal que a ellos se les hace tan largo como a nosotros, y la verdad es que es largo.

Tomo un periódico de un montoncito que está para eso. El periódico parodia el estilo bullanguero y sensacionalista del *Bild-Zeitung* de Alemania Occidental, y de ahí que se llame *Neue* (Nuevo) *Bild-Zeitung*. La exposición agrícola de la RDA en Tamale (Ghana septentrional) es visitada a diario por numerosos africanos. Y el problema de la reunificación de las dos Alemanias debe de resolverse por medio de vías pacíficas, ha declarado el vicepresidente de Tanganica en Dar es-Salaam. En las páginas interiores, una escultura moderna junto a una escultura de Alemania del Este. Pregunta: ¿quién salvaguarda mejor la cultura nacional alemana? Observo una vez más a los uniformados y me pregunto hasta qué punto estarán ellos interesados en eso de la cultura nacional alemana. De la pared cuelgan citas de Ulbricht y de otros sobre la paz, sobre la productividad, sobre la democracia. Al otro lado de la puerta, el viento afilado. Y, como servida en bandeja, esta zona fronteriza. Abren e inspeccionan los coches, la gente muestra la documentación, un soldado ruso pasea por la nieve; aquí ondean otras banderas, banderas de un rojo más vivo; un oficial telefona desde una garita, las barreras suben y bajan continuamente. Leo los letreros: «No te dejes manipular. Di no a las provocaciones contra la RDA. La RDA ha salvado la paz en Alemania»¹. Fotografías de gran tamaño de unos trabajadores junto a unos altos hornos. Fotografías de gran tamaño de unos obreros en una fábrica de automóviles. Fotografías de gran tamaño de Ulbricht. Todo ello gris, gélido e increíblemente alemán.

Se nos permite continuar. Mostramos el pasaporte, se alza la barrera, vuelta a mostrar el pasaporte, otra barrera se alza. Y entonces, de pronto, estamos fuera. El mismo paisaje blanco —el incidente ya olvidado— se extiende hasta perderse en la niebla de la lejanía. En el bosque a nuestra derecha, alambradas y torres vigía. Y de golpe, sobre un pequeño puente, la imagen siniestra de dos hombres con trajes blancos y caperuzas, hombres de nieve, con un perro negro jadeante con la lengua afuera, tirando de la correa. Llevan largos fusiles al hombro, desaparecen con el perro por el bosque, cazadores de hombres. Seguimos por la misma autopista. A veces, a lo lejos, la sombra de un pueblecillo, granjas arracimadas en torno a una iglesia. ¿Qué estarán haciendo allí ahora? Por una sola vez, una algaraza de chiquillos, como un movimiento inesperado, el hallazgo de un pintor. Y a intervalos regulares, carteles: «Damos la bienveni-

da a los delegados del VI Congreso del SED». Sigue siendo aún la misma vieja autopista de Hitler, se nota: después de cada placa de cemento, una pequeña sacudida, un saliente de alquitrán. ¿O se trata quizá del rayado que se ve en los mapas de los libros de Historia? ¿Son acaso los finos trazos que señalan las conquistas, los ocasos, los cambios? Imperios romanos que fueron sacros, principados, repúblicas, marcas, Terceros Reich, zonas. Luchando contra las feroces arremetidas de la nevasca, avanzamos lentamente con el coche, criaturas micromaníacas, escarabajos sobre estos campos coloreados por la historia de la que nada se ve.

15 de enero de 1963. Podría imaginarse en la antigua Grecia, o en cualquier otra antigüedad, una ciudad dividida en dos por un muro. Y en torno a ella, historias y leyendas, un proverbio prácticamente en desuso, una comedia de Tirso de Molina descubierta en un olvidado rincón de la biblioteca de Salamanca, una adaptación de Moliere, y luego, por supuesto, unas cuantas horas de cinerama, una anécdota en la que los símbolos crecen como la mala hierba, patrimonio cultural. Pero la clase de antigüedades a las que nos referimos se remonta solo a un par de milenios, más o menos la edad que hemos alcanzado nosotros en la serie de civilizaciones imbricadas a la que todavía pertenecemos. Quizá sea ese el motivo por el que algo incorregiblemente antiguo se pega a nuestro comportamiento, un grato arcaísmo contra el que no podrá ningún viaje a la Luna. Basta con ponerse alguna vez junto a ese muro, y guiñar los ojos: el trasiego de lansquenetes medievales que te gritan alto ahí y te cortan el paso, que bajan un puente o levantan una barrera, y entonces de repente te encuentras en el País de los Otros. Quien es capaz de recorrer millones de kilómetros en unos cuantos días, de buscar planetas en su propia casa y de escindir átomos, es igualmente capaz de construir un muro de unos dos o tres metros, infranqueable para sí, como también lo habría sido para un egipcio o un babilonio; se siente como un hombre de la Edad Media que hubiera de deponer sus armas a las puertas de la ciudad, como un ateniense que se ahoga en el Spree, como un europeo que pasa de Berlín Oeste a Berlín Este.

Berlín Oeste. Primero se coge la Kurfüstendamm, adornada con altas luces blancas, hasta la iglesia conmemorativa, la Gedächtniskirche, corroída y mutilada, y luego se sigue. Para asombro de uno, se ve que también en el Oeste hay ruinas, fabulosos monumentos vaciados, con ventanas huera sin habitaciones que les respalden, coágulos de guerra, puertas condenadas por las que padre ya nun-

ca más saldrá riendo a pasear a Werner, el perro. El único paso para no alemanes no militares (!) está en la Friedrichstrasse, pero por equivocación vamos a parar a la Puerta de Brandeburgo. Nieve y luz de luna. En la explanada petrificada ante ella, nada, ni gente ni coches. Al final de la explanada, las negras columnas, y sobre ellas el carro triunfal. Furiosos corceles tiran de un ser alado que blande una corona de laurel hacia el Este. Debajo, hasta un cuarto de la altura de las columnas, los dientes ciegos del Muro. Un policía germano-occidental nos corta el paso y nos da a entender con señas que no podemos seguir. Nos detenemos, pues, y observamos lo que no ocurre. Dos tanques rusos encaramados a unos pedestales imponentes, recuerdo de 1945. Vemos a los dos centinelas rusos, siluetas entre el mármol.

La Friedrichstrasse no queda muy lejos de aquí. El mismo control que en Helmstedt, documentos, papeles insignificantes, contar dinero, barreras, un grabado clásico por el que nos movemos del modo más humano posible. En la calle hay dos tapias bajas construidas de tal modo que si un coche quisiera pasar a gran velocidad entre ellas tendría que efectuar dos virajes demenciales. Una vez que están cumplidas las formalidades, se nos permite continuar, y la ciudad sigue entonces como suelen hacerlo las ciudades tras los muros: igual, pero distinta. Puede que sea cosa mía, pero a este lado huele distinto, y todo es más pardo. Nos dejamos llevar por el coche, Wilhelmstrasse, Unter den Linden, nombres con los que nunca he tenido nada que ver, pero que según el modo en que otros los pronuncien, dejan un cierto regusto melancólico o no. Y, claro está, no es de extrañar que al oír *Unter den Linden* (literalmente, 'bajo los tilos') siempre me haya imaginado algo verde claro. Más extraño es que concluya en seguida que no es el invierno la causa de la falta de verdor. Edificios, de vez en cuando ruinas, calles, la avenida de Carlos Marx flanqueada por altos edificios. Poco tráfico. Muchos anuncios luminosos. ¿Me resulta quizá decepcionante? ¿Hubiera deseado un decorado más dramático? Y a todo esto, ¿con qué derecho? Ante un monumento, dos soldados petrificados haciendo la guardia. Un tren de vapor pasa por un viaducto junto a la Alexanderplatz, por lo demás nada que contar: de vez en cuando carteles con consignas que tienen aspecto de poco leídas, eslóganes que se hablan a sí mismos.

Vamos a una *boîte*. Todos los grandes clubes y restaurantes de aquí tienen los nombres de las capitales del Pacto de Varsovia. Este se llama «Budapest». Está lleno. Dos hombres que no son alemanes forman la pequeña orquesta que toca animadas melodías. La gente

baila el *twist*. El ambiente es provinciano y no demasiado alegre. Muchas chicas solas. Detrás nuestro, en una mesa pequeña, tres jóvenes oficiales del Ejército Popular. Están bebiendo una botella de vino tinto de Bulgaria. Uno de ellos se levanta, alza su copa y dice: «...meine Herren, zum Wohl!» (‘¡Señores, a su salud!’). Un camarero con una chaqueta color azul ejército del aire... y así sucesivamente. Verdaderamente no hay nada que contar. La gente nos mira como se nos miraría en Limoges o en Nyköping; pero uno no puede evitar seguir planteándose interrogantes. ¿Cuántos de los aquí presentes tienen familiares en el Oeste? ¿A cuántos les gustaría marcharse y cuántos querrían impedir que aquellos se fueran? Preguntas retóricas, para las que media hora después, cuando abandonamos el Este por el mismo puesto de control, hallo respuesta en un impreso de confección oriental. Se trata de un pequeño panfleto, naranja, con un título que recuerda a las clases de catequesis: «¿Qué he de saber del Muro?». Está dividido en diez apartados: «1) ¿Cuál es la verdadera ubicación de Berlín?; 2) ¿Ha caído el Muro del cielo?; 3) ¿Era necesario el Muro?; 4) ¿Qué ha impedido el Muro?; 5) ¿Estaba la paz verdaderamente amenazada?; 6) ¿Quiénes viven tras el Muro?; 7) ¿Quiénes son los que verdaderamente imposibilitan el contacto entre familiares y amigos?; 8) ¿Supone el Muro una amenaza para alguien, quienquiera que sea?; 9) ¿Quién empeora las cosas?; 10) ¿Es el Muro un aparato de gimnasia?».

La respuesta a la última pregunta no es demasiado amigable: «Se lo decimos muy abiertamente: No. Este muro de protección constituye la frontera nacional de la RDA. La frontera nacional de un Estado soberano ha de ser respetada. Así ocurre en todo el mundo. Quien no la respete habrá de atenerse a las consecuencias».

P. D. Algunas reflexiones a posteriori. 1) ¿Hasta qué punto ve Bonn el Muro con buenos ojos? Si toda Alemania Oriental se hubiera quedado vacía –lo que en aquellos momentos no era impensable– todo este *hinterland* habría estado poblado de eslavos. Una perspectiva poco atrayente para los alemanes, que siguen soñando con la reunificación. 2) ¿Hasta qué punto ve Moscú el Muro con buenos ojos? ¿Acaso es Ulbricht un aliado más interesante para Moscú que, por ejemplo, Salazar para nosotros? 3) Lo increíblemente alemán que es ese Muro. En palabras de un taxista de Berlín Oeste: «Esto no le habría podido ocurrir a ningún otro pueblo».

17 de enero de 1963. Las tres de la tarde. Bajo el azote de la nevasca atravesamos la desierta explanada frente a la estación. En el vestíbulo de la estación, desnudo, de color cemento y que huele a

Alemania Oriental, aún no hay nadie. Un par de periodistas ingleses, italianos y norteamericanos tiritan de frío en este vacío, manteniéndose en pie tan solo ante el rumor de que Nikita Serguéievich Jrushchov llegará a las tres o las cuatro, las cinco, las seis o las siete. El frío es indescriptible.

Deambulamos de acá para allá, perseguidos continuamente por las miradas curiosas, a veces esquivas y a veces agresivas, de los alemanes orientales presentes. El vestíbulo es soberbio. De largas lanzas doradas cuelgan las banderas de color sangre, rojo y oro que también desde Berlín Oeste, al otro lado del Muro, se pueden ver ondear en los altos edificios y en las fábricas: las banderas de la luna, de lo inalcanzable. Las lanzas, en posición oblicua, tienen un cierto aire medieval, como si estuvieran a la espera de un torneo de los de antaño. Un obrero adorna el podio con pequeñas macetas. Seguro que a Jrushchov le encantará. Y la verdad es que el decorado, un decorado propio de la fiesta de gala de un instituto de bachillerato, es fabuloso: las paredes tapizadas con telas de colores, las plantas erguidas en sus macetas, y en el centro una tribuna que parece de madera contrachapada, sobre la que luego alguien dirá cosas que por lo general no se oyen en la gala de un instituto.

Un hombre viejo sube ahora a la tarima, se coloca detrás de los micrófonos y grita tenso: «Eins, zwei, drei!» (‘¡Uno, dos, tres!’). Resuena por toda la sala. Detrás de mí, sobre unos andamios grises, los cámaras de la televisión germano-oriental, unos hombres grisáceos con gorros de piel, ajustan los equipos. Llevan aquí desde las seis de la mañana. Ya no hay rincón en el que no se haya colado el frío. Sobre todo a los italianos parece molestarles, y lo dejan patente. Yo sigo dando vueltas y leo las entusiastas y alentadoras consignas de bienvenida que plagan no solo la estación sino toda la ciudad. «En honor al VI Congreso del Partido, por el desarrollo de la ciencia y de la técnica»².

No hay palabras para evocar la tosca realidad que impera. Es un mundo atrasado, pueril y pasado de moda, pero un mundo que existe y no sin razón. Y es justamente esa realidad la que resulta alienante, ese pasado, en otro tiempo lleno de inspiración y ahora momificado, que pretende anunciar el porvenir. Rodeado por los jirones de un mesianismo esclerótico y por tanto peligroso, me encuentro en ese futuro como un perfecto extraño; es como si llevase aquí un mes, o un año.

A veces hay indicios de que algo va a ocurrir. Los oficiales alemanes dan órdenes alemanas a los soldados alemanes, se colocan en algún que otro orden de batalla a ambos lados de la escalera, pro-

vocando con ello pequeños torbellinos en la multitud, pero luego desaparecen por un agujero engalanado con otras consignas y nos dejan de nuevo a merced de nuestra espera. Un periodista alemán-occidental se ha enzarzado en una triste conversación con un germano-oriental. Yo les observo a un paso de distancia. Es una conversación carente de sentido. Entre esos dos compatriotas hay un muro al que nada, a lo sumo unas balas, podría atravesar. Todas las ideas y los argumentos rebotan para acabar finalmente a nuestros pies, en el suelo. Los hay a mansalva: los Globke y los muros, los Adenauer y los evasores muertos a tiros en el agua, la incesante expiación por el pasado; los extranjeros forman un corro, observan y callan. Suenan las cinco, las seis. Y de pronto el vestíbulo se llena. Los focos de la televisión se encienden, empiezan a brillar: rostros blancos sobre las cazadoras de piel alemanas. Pequeños grupos de mujeres con unos banderines extremadamente rojos. Los periodistas, para quienes no se ha reservado un sitio fijo, se dispersan y se convierten en minoría. Una larga fila de cadetes entra en fila india. Reciben una orden y comienzan a amasar a la multitud. Primero hacia un lado, luego hacia el otro. Casi me incrustan en el andamio de la televisión, y también allí un soldado me agarra y me empuja hacia otro sitio. Al final, acabo bastante lejos de la tribuna, entre hombres altos y fornidos, que, con dedos desproporcionadamente grandes, sujetan unos banderines ridículamente pequeños. De unos altavoces encaramados en lo alto sale una quejumbrosa música militar, un disco tras otro. Se levanta un cierto revuelo y el pequeño Ulbricht con su rostro irreparable pasa presuroso ante el pueblo congregado. Luego vienen los otros, búlgaros y mongoles, checos y alemanes, un grupo compacto de hombres sólidos que suben en fila por la escalera que dos viejas acaban de barrer por enésima vez. Una alfombra roja ahuyentará el frío, un seto de cadetes protegerá la vida, a mis espaldas unos alemanes gritan «Hut ab! Hut ab!» («¡Quítense los sombreros!») y, repentinamente, un silencio de se acabó la música: el pequeño hombre ruso desciende por las escaleras, rodeado por sus fieles, dirigentes de un mundo que empieza en Helmstedt y que termina en Shanghái. El pequeño hombre, con su rostro regordete y extremadamente blanco bajo los focos observantes de la televisión, saluda a la multitud que grita: «Drushba, drushba, drushba!» («¡Amistad, amistad, amistad!»). El aire vibra debido a las banderitas de papel, al igual que lo haría bajo una enorme ola de calor; un grupo de argelinos lanza su propio grito de bienvenida, de pronto se hace de nuevo un silencio expectante, y da comienzo el saludo protocolario de los primeros secretarios de los comités centrales: los

viejos y largos títulos sustituidos por otros nuevos e igualmente largos, y no se olvidan de ninguno.

Detrás de cada nombre, una estela de aplausos; me pongo de puntillas y observo a esos síndicos reunidos en su tribuna iluminada. El pequeño Ulbricht se adelanta, es besado, y, con su voz remilgada y sajona, comienza una alocución que los presentes escuchan cortésmente. A continuación, el propio Jrushchov toma la palabra. No cabe duda de que es un hombre popular entre los miembros del partido que se encuentran aquí. Y no es de extrañar, ya que es difícil resistirse a esa voz. Es profunda y arcaica, arrolla, argumenta, persuade, ridiculiza, narra, amenaza. Detrás, la voz aguda y quejumbrosa del intérprete subraya el discurso con trazos de rojo alemán. De repente pienso, al verme a mí mismo entre esta multitud de la que solo me separa la confección de mi ropa, que para el caso, yo también podría haber estado aquí gritando y entonando una canción alemana, podría haber sido miembro del partido; y me veo entonces a mí mismo como multitud, como ellos nunca se verán a sí mismos; multitud porque estoy presente y ayudo a llenar este vestíbulo, al igual que ellos, y solo con mirar y escuchar esos gritos alemanes cargados todavía del pasado me invade una sensación de ridícula soledad, de miedo por un mundo que existe en tal medida que apenas si tenemos algo en común con él. Cuando salgo todavía nieva. En la plaza desierta, sobre el blanco de la nieve, se dibuja una larga fila de oficiales. Dando un rodeo por calles oscuras y sepulcralmente silenciosas en las que ahora cuelgan unas banderas negras, llego hasta mi coche. Media hora después estoy en el Oeste. Así de fácil.

19 de enero de 1963. Camaradas, a continuación el discurso de clausura del primer secretario del Comité Central del Partido Socialista Unificado Alemán (SED), Walter Ulbricht. Los periodistas, reunidos en el lujoso centro de prensa de Berlín Oeste, se echan atrás en sus asientos para ver lo que ya han visto con tanta frecuencia esa semana: la sala inmensa con los cuatro mil quinientos delegados de los partidos comunistas de setenta países. Entre setos de cuerpos humanos, Walter Ulbricht camina a paso ligero, su cabeza pasa por delante de la cabeza blanca de mármol de Lenin. Comienza a hablar. Hay un pequeño resplandor en su frente, la luz se refleja en los cristales de sus gafas. Es un buen discurso, para lo que acostumbra. En un tono tranquilo, permitiéndose incluso de vez en cuando digresiones indiscretas y algún que otro chascarrillo, maneja los consabidos artículos de fe.

El ambiente es extremadamente cordial, incluso un tanto conmovedor. Tras Ulbricht, su amigo ruso; de las orejas le cuelga un hilillo a través del cual una voz rusa traduce. La cámara enfoca solo de cuando en cuando a los delegados, reconozco a algunos, a la mayoría no. A los chinos no los sacan ni una sola vez, y eso que solo han transcurrido unas horas desde que todos esos cordiales señores se pusieran a gritar y a silbar cuando el delegado chino, a pesar de la amigable petición de distensión por parte de Jrushchov, lanzó un nuevo ataque contra la Unión Soviética por lo del revisionismo yugoslavo. Ulbricht no se adentra en la cuestión. Él piensa que todo saldrá bien, sí, todo saldrá bien, y además, en Occidente también hay discordia, véase si no a De Gaulle.

Ulbricht es tan jovial como patética su república. No, Alemania ya no es el país socialista más occidental del mundo, ahora lo es Cuba y eso representa una gran ventaja, porque ahora Alemania está mucho más cerca de América. Y ¿cómo es eso? ¡A través de nuestro enviado especial en La Habana! Risas. Se pone más serio al hablar sobre el programa de su partido. Una vez más queda claro que uno nunca podrá desentenderse del mundo comunista a base de renegar, como tampoco se podrá pertenecer a él simpatizando a medias. Allí, en esta sala, reina una descomunal certidumbre de tener razón. Nosotros lo vemos desde nuestros asientos, a uno o dos kilómetros de allí. Las imágenes llegan a nosotros a través del circuito de televisión: el poder del proletariado, la construcción del socialismo, la transición hacia el comunismo, los artículos de fe.

Entre todo eso y nosotros se encuentra el Muro, el documento de piedra. Pero es un documento que allí nada significa, a lo sumo viene a subrayar que tienen razón. Al igual que los periodistas occidentales, ellos también van a ver el Muro, y estrechan la mano de los turistas franceses, saludando a los presentes. Saben lo que se hacen.

No se puede evitar la comparación con una comunidad religiosa. Es una fe convertida primero en un Estado, y luego en muchos. De ahí que esa fe no pudiera seguir siendo la misma, esa sala también está dividida por cismas y escisiones, y eso nosotros también lo vemos, la práctica de la certeza absoluta, un libro de Marx, de Engels, de Lenin, que ha acabado por parecerse a Cuba, a Alemania Oriental, a Corea del Norte, a esta misma sala, en la que el pequeño hombre, a veces, cuando se inclina de cierta manera, se asemeja a un negro que, con una voz alemana parsimoniosa, cuenta historias sobre ingenieros y obreros, que se emociona ante la felicidad pura del trabajar y ante el gozo que la construcción de una fábrica lleva

consigo, que no sabe cómo seguir y que dice que son los escritores los que han de describirlo: la verdadera vida, el gozo de trabajar.

Y se nos entregan nuevas historias de ese nuevo folclore, el profesor que hablaba con jóvenes agrónomos, el escritor que recibió una reprimenda por mantenerse demasiado apartado de la vida y por no haber aprendido un verdadero oficio. La sala ríe y aplaude, a veces la cámara enfoca directamente a un rostro, serio, gozoso, entusiasta, aburrido o, en cualquier caso, un rostro con una expresión distinta. Según estoy mirando me da por pensar que ahí se encuentra el hombre procedente del país quizá más horrendo del mundo. Pero ahí está a pesar de todo, hablándole a los alemanes occidentales, invitándoles una y otra vez a que vengan al Este y que hablen con los obreros y los campesinos, pero ¿qué cree él que verá esa gente del Oeste cuando venga al Este?

Un país, dice, en el que todo es propiedad colectiva, y se extiende sobre el tema, les llega el turno a los explotadores, a los militaristas, y mientras esa voz sigue su curso y la cámara tantea a los delegados, a nosotros, en el recinto reservado a la prensa, nos invade de nuevo, como de costumbre, esa sensación de total alienación, una palabra de moda, que ahora ya para el caso podría significar tanto miedo como aversión como incompreensión total. Un tercio de la humanidad está regido por estos hombres, según una ideología que padece de anquilosamiento, que ha dejado de florecer, que a veces parece no tener la suficiente vitalidad como para seguir probándose a sí misma su valía según el manual. La única respuesta a ese peligroso anquilosamiento al otro lado del Muro es no volverse impotente por un anquilosamiento aún mayor. Asistir a un congreso como este puede ser de lo más instructivo.

Se escriben tantas cosas sobre el comunismo que seguramente muchos habrán olvidado que también existe, que es una realidad. Y el tenor de esa realidad es, en la actualidad, una gigantesca introspección con la distensión correspondiente.

En estos momentos, en el campo comunista, hay desacuerdo en torno a todas las cuestiones de importancia, el capitalismo, la guerra, la revolución, el cisma. Si Jrushchov dice que el objetivo de la clase obrera no consiste en una muerte espectacular sino en la construcción de una vida feliz, Mao contesta que una guerra desembocaría inevitablemente en la destrucción del imperialismo (nosotros) y en la victoria del socialismo (ellos).

Hasta el momento, una de las principales reacciones occidentales ha sido una indiferencia satisfecha ante este diálogo fundamental. De ahí que tantos periodistas abandonasen rápidamente ese con-